

## Gloria

«En un concurso de desgracias no pasaríamos de la primera eliminatoria». Me mordí el labio inferior en lugar de espetarle esa frase a bocajarro para boicotear su soporífero discurso. Más allá de servirme como desahogo, una intervención de este tipo estratégicamente preparada, podría ofrecernos la oportunidad de tomar una nueva dirección en mitad de una sesión. Pero eso no iba a ocurrir. Habían transcurrido solo veinte minutos y ya deseaba sacudirme, como un perro mojado, todo ese lodo con el que me intentaba envolver y que ella llamaba su «depresión crónica».

—Toda mi vida ha sido una lucha continua contra las dificultades. Sin un solo día de descanso —dijo la mujer rematando la frase con un suspiro.

—Supongo que muy agotada de toda esa pelea.

—No sé por dónde empezar.

—¿Qué tal por el principio?

Agradecí que detrás del ventanal situado a espaldas de mi interlocutora no pasara ni gente ni tráfico. El muro de

piedra, que se levantaba a escasos metros, me impedía distraerme del rostro ojeroso de esa mujer malograda empeñada en relatarme, con todo lujo de detalles, los múltiples avatares de su vida.

Traía la historia bien ordenada en sus correspondientes capítulos. Sin demasiado esfuerzo, con el material del comienzo de la sesión, ya se podría montar un tráiler seleccionando las mejores escenas. Este podría ser el guion:

ELLA: A los nueve años me tiraron de domingo a sábado en un tétrico internado con monjas vestidas de negro.

YO: No pasaste mucho tiempo con tu familia.

ELLA: Les pareció más cómodo que tener que llevarme a la escuela que estaba cerca de casa. Estuve allí hasta los diecisiete.

YO: Y perdiste toda tu infancia... Eras ya una chica mayor cuando saliste.

ELLA: Conocí a Pepín y escapamos de la aldea para trabajar los dos en la fábrica de jabones.

YO: Muy jóvenes en esa aventura.

ELLA: Estábamos ilusionados, pero me quedé embarazada y todo se torció.

YO: Vaya, y se interrumpieron los proyectos.

ELLA: Él siempre fue un vividor, no estuvo preparado nunca para ser padre. Enseguida se desentendió. Nos dejó tirados con una mano delante y la otra detrás, y hasta hoy.

YO: Abandonada y sola. Te las tuviste que apañar con mucho trabajo, imagino.

ELLA: Por si fuera poco, el niño siempre delicado. Muchas veces en el hospital y tirando de amistades.

YO: Sin poder contar con tu familia...

ELLA: Mi hermana se ocupó de arramplar todo lo que pudo. Puso a mis padres en mi contra y claro..., yo en el fondo era la desagradecida y la descarriada. Salí adelante como pude, siempre con empleos precarios porque mis horarios y mi falta de estudios me impidieron progresar.

YO: No tuviste oportunidades para avanzar y mejorar tu situación.

ELLA: Con cincuenta y tres, sigo escuchando quejas de los clientes maleducados que no saben hacer la «O» con un canuto. Y sobre todo con la presión de atender más llamadas cada día.

YO: Lejos de mejorar, las cosas siguen siendo cada día más difíciles.

ELLA: A base de antiinflamatorios me levanto de la cama con las cervicales destrozadas y los brazos entumecidos. Sientes como rayos que te paralizan. Pero no queda otra que luchar.

A bien seguro que el gran público se sentiría atraído ante este cebo publicitario que anuncia una historia épica de resistencia a la adversidad aunque, mucho me temo, que los espectadores saldrían del cine decepcionados tras el desarrollo pormenorizado de este guion. La vena melodramática con la que Gloria me lanzó su traca de problemas me hizo sospechar que debajo de toda esa densa polvareda se escondía una realidad mucho más convencional. Tras veinte minutos de sesión, me sentía atenazada y el cuerpo me pedía contratacar con su misma contundencia. «Vamos a hablar ahora de los días buenos...». «Hay que dejar de mirar atrás y vivir el presente...». «Con esos problemas no ganaremos un concurso de desgracias...». Pero me mordí el labio infe-

rior, la señal que ordena a mi cerebro: «achanta y ponte a trabajar».

Estaba bien entrenada en dismantelar los argumentos nutritivos para las penalidades cuestionando las verdades férreas que sustentan los relatos. Tendría que desmenuzar algunos de esos episodios (esa tarea que los cocineros modernos también denominan deconstrucción) para, posteriormente, elaborar otro producto con los elementos aislados conectados entre sí por *una coherencia diferente*. En realidad no tiene mucha ciencia. Ni siquiera se necesitan preguntas. Basta con extraer una narrativa de los mismos acontecimientos por separado y de manera desordenada. *Renarrar* le llaman a esto. Mi especialidad para este menester es la *técnica de los tres puntos*: «La situación económica era complicada...», «pasabas mucho tiempo en ese internado...», «tu hermana en casa en otras tareas...», «no había muchos autobuses en aquella época...»... Es increíble la poca resistencia de la mayoría de las personas a permanecer calladas ante una frase inacabada.

Le encargué a mi tirtia esta tarea y con la nueva información obtenida, elaboró este otro guion:

Los domingos, al final de la tarde, una niña acompañada de su madre, llegaría en el bus al Colegio Hijas de la Esperanza sobre las 21:00, unos minutos antes de la cena. Los lunes, el bus pasaba a las seis y media de la mañana y llegar el día de antes parecía la manera menos mala para velar por el buen descanso de Glorita. Los viernes por la tarde, en el colegio se dedicaban a esas actividades lúdicas que tanto divierten a las monjas, como el coro y ensayar los teatrillos. Su madre, sin la oposición de Glorita, juzgaba más intere-

sante y educativo que dedicase la tarde a la farándula en lugar de ponerla a guiar las vacas por los prados o recoger las berzas. Esa era la razón, junto a la ausencia de bus a partir de las seis de la tarde del viernes, para que regresara a casa a primera hora del día siguiente. Sor Teresita, con su hábito negro (porque las monjas de la Esperanza como la mayoría de las monjas visten de negro), colocaba a Glorita a las nueve y cinco del sábado, ya bien desayunada, en el asiento delantero junto a Benito, el simpático conductor del bus. En menos de una hora estaría de regreso en la aldea. En definitiva, sin negar que su permanencia en el internado fuese de domingo a sábado, sería más ajustado afirmar que su estancia era de lunes a viernes. Jesucristo muere crucificado a última hora del viernes y ya no se encuentra en el sepulcro al alba del domingo. Tanto podríamos afirmar que resucitó al tercer día, como que estuvo muerto poco más de veinticuatro horas. Mientras ella iba al colegio pijo, su hermana cinco años mayor, había acudido desde los seis a la escuela unitaria de la aldea caminado tres kilómetros cuatro veces al día; había ayudado a la familia en las tareas de casa y del campo; había pasado las noches de invierno sin calefacción; había comido todos los días caldo de berzas y, sobre todo, había maldecido y envidiado la suerte de Glorita. Que ambas hermanas manifestasen desagrado sobre su posición de desventaja no era nada relevante en aquella casa en la que se escucharían constantemente malestares de diversa índole:

—*Ya subió otra vez el precio del aceite.*

—*Y el de la gasolina. No sé a dónde vamos a parar.*

*—Y cambiaron la hora de la misa del domingo. Ahora es a las 12:00.*

*—Nos rompen la mañana por la mitad.*

*—Y dicen que van a asfaltar la pista del campo de fútbol.*

*—Pues mejor nos podían traer el alcantarillado.*

*—Y a Manolita la llevaron al hospital otra vez.*

*—Si lo hubieran cogido a tiempo... Mal va a acabar eso.*

Esa cantinela, al igual que en sus predecesores y en los predecesores de sus predecesores, se habría instalado en ella desde su más temprana infancia. «Tenía la tristeza en los huesos», fue la expresión elegida por Gloria para describir a la abuela Ramona refiriéndose a su reuma y, por supuesto, rematando la frase con un lánguido suspiro.

Ante este panorama desolador, resurgieron las ganas de banalizar todo ese sufrimiento y confrontarla a machete con mi manera experta de percibir su realidad. En lugar de esto, relajé mis labios y recurrí a Leo.

Para Leo Vanger, supervisor de formación durante mi estancia en Buenos Aires, el victimismo constituye un género literario tan respetable como otro cualquiera. En una novela negra no hay lugar para un guaperas al estilo James Bond y todo lo que aparezca en ella habrá sido seleccionado desde un determinado prisma: un detective veterano aficionado al alcohol y poco respetuoso con la Ley, un proxeneta con funciones de soplón, una prostituta madura como refugio de la soledad, una joven clienta atractiva que busca al asesino de su amado... El autor de esa trama deberá esmerarse en dejar fuera del relato a todos los elementos que no se ajusten a esos perfiles. Un discurso victimista que se pre-

cie, requiere de una gran destreza para seleccionar los personajes, los escenarios y los eventos pertinentes así como grandes dotes amnésicas para eludir los personajes, los escenarios y los eventos disonantes. Además, un buen discurso victimista precisa de suma pericia para amplificar el más mínimo sufrimiento, interpretarlo como no elegido y por supuesto nunca aceptarlo. Según Leo «La construcción de un guion victimista es ante todo, un arte». Mucho más sencillo resultaría restarle importancia a los problemas con un «todo tiene solución menos la muerte», concebirnos como individuos libres y dueños de nuestros actos y aceptar con deportividad que la vida es complicada. Todas estas fórmulas de construir la realidad contrarias al victimismo y que Leo llamó indistintamente *responsabilismo* o *activismo* (con «c» en medio), algunos las llevamos incorporadas de serie y pensar de esa manera no nos exige el más mínimo esfuerzo. Del mismo modo que el comunismo o el veganismo, el victimismo es una de las opciones lícitas con que complicarnos la vida.

En uno de sus primeros artículos «Un *activista* en defensa del victimismo», Leo, debutó en esta causa con la descripción del «caso Luna». En pocas líneas, con el victimismo disfrazado de planta invasora, realizaba una descripción rotunda y abrumadora:

*A los doce años ya había germinado en ella esa hiedra colonizadora de las percepciones y los significados de las experiencias. Pronto, una multitud de ramificaciones perfectamente entreveradas con su identidad, compartirían savia formando un único organismo vivo. Esto haría im-*

*posible su destrucción por ningún método hasta ahora conocido de fumigación, cirugía y ni siquiera de exorcismo.*

A pesar de todos mis esfuerzos por entender y respetar este punto de vista, persiste mi aversión hacia ese término. Me había empeñado en abandonar el uso de ese sustantivo porque al igual que subnormal o cojo, la palabra victimista posee un tinte peyorativo que únicamente sirve para avivarme la mala leche. Mi propia hiedra del *activismo* entrelazada en mi identidad me impide aceptar de buen grado esa otra manera de interpretar el mundo. Pese a todo, sumida en mi propio debate interior, contuve a mis entrañas desdoblándome para completar la narrativa épica de Gloria (la Biblia de su «depresión crónica»), a la vez que mis esquemas mentales rebeldes la iban transformando en una historia corriente y moliente.

—Tu hijo enfermo y su padre sin ocuparse... Eso tuvo que ser especialmente duro para los dos.

—Íbamos a Urgencias todas las semanas cuando el Ventolín que tomaba para el asma no le llegaba para tranquilizarse.

Corroboré mis sospechas. Un hijo asmático y una madre angustiada, ambos sin capacidad de contenerse y esperar. Seguro que al entrar por la puerta de Urgencias la crisis remitía por sí sola. Luego resultó que Pepín, el padre desentendido y que le había posibilitado la huida de su medio tan hostil, había sucumbido a manos de un *chat* latino en *alendelosmares.es* y ya estaba nuevamente separado, huyendo de otro retoño y con su vida cada vez más desventajada. Pen-



sé que al menos Gloria no tendría a un inútil usurpando los yogures de su nevera. Llegué también a la conclusión de que, con ayuda de una simple calculadora, podría haber valorado como un fabuloso regalo, la herencia legítimamente desigual recibida tras la muerte de su madre, con la que canceló la hipoteca. Al fin y al cabo, su hermana «la aprovechada», había trabajado en la casa familiar para costearle su educación y atendido a sus padres ancianos. Tampoco estaría del todo mal ese teletrabajo penoso de atención al cliente, después de haber sido obligada por su destino fatal a dejar los estudios y demorar su inclusión en el mundo laboral hasta que su hijo dejó de necesitarla a los dieciséis años. Y ya para terminar, no pocos llamarían buena salud a esa mala suerte de padecer por primera vez en su vida y pasados los cincuenta una molestia que le obligaba a tomar ibuprofeno por temporadas. Por descontado, se trataría de una enfermedad sin visos de mejoría y condenada a la cronicidad. Lo confirmé:

—Esas molestias requieren a veces cuidados complejos de realizar...

—Te dicen que te cuides, pero ¿quién te costea el pilates y la fisioterapia? Y si vas a la piscina, con esas corrientes de aire de los vestuarios sales con un resfriado y con más contractura.

Me sienta mejor llamarles simplemente tristes. Tristes como los boleros o los fados, la copla o el tango. La tristeza siempre es la misma, es la vida misma. Las aventuras son excepciones, vivencias diferentes y por eso seguramente las calificamos como alegres o divertidas. La vida común aburre y quienes no pueden crear experiencias distintas solo pue-

den elaborar tristeza para no caer en el hastío. La única forma de sacarle partido a las penurias es ponerlas en valor, dotarlas de sentido, ensalzarlas con los recursos estilísticos más rebuscados. El arte de construirse tristes nos lleva a apropiarnos de las tristezas ajenas incluyendo tanto las de personas cercanas como las de parientes lejanos y hasta de los miles de damnificados por catástrofes que acontezcan al otro extremo del planeta. «¿Por qué sufres si no les conoces?», pregunté en una ocasión y obtuve como respuesta: «¿Acaso no es lícito alegrarnos porque nuestro primo segundo de Bogotá gana un campeonato de Mus?».

En boca de Leo: «Al igual que la poesía, la tristeza ya no está de moda».

Como titular de la crónica de la sesión con Gloria Martínez extraje su mejor frase: «Mi madre acaba de fallecer hace seis años» y escribí debajo como único texto: «Distimia», que significa siempre triste y triste para siempre. Suelo tomar notas como pretexto para mirar los mensajes en la pantalla, esa vez de Paula que aguardaba desesperada en la cervicería de la esquina.

- Hi guapi
- Cómo vas?
- Me pido la segunda
- O vienes ya?
- Verdad?

Cinco mensajes diferentes hacen más efecto que uno solo más largo. Había que terminar cuanto antes. La sesión transcurrió despacio porque quise acelerarla desde el principio. Intenté avanzar con leves saltos en el tiempo para sor-

tear acontecimientos irrelevantes, lo que acarreó idas y venidas en el relato de una historia que, de todas todas y contra viento y marea, a bien seguro me iba a relatar en su totalidad. Tras más de veinte años de profesión, todavía cometo este tipo de errores cegada por una simple birra de viernes a las dos y media de la tarde.

—15 min —le contesté a Paula y envié a Rita, la secretaria, un único emoticono de cara desencajada como señal de auxilio. En nada sonó el teléfono.

—Hola, dime. —Simulé escuchar unos pocos segundos y continué—: Gracias Rita, perdona que te interrumpa, pero todavía me queda un rato aquí. Dile, porfa, que la llamaré en cuanto termine. Ya, ya, ya sé que tengo otros dos asuntos pendientes, pero no puedo apurar ahora.

—Te estoy entreteniendo demasiado —se disculpó Gloria, la triste, al finalizar la llamada.

Sonreí más por dentro que por fuera al comprobar el resultado de mis muestras de compromiso con sus problemas y le regalé tres minutos más para dejar bien finiquitada la faena. Consideraba un desperdicio de talento, aparte de un esfuerzo inútil, intentar convertir a aquella mujer en una optimista fracasada y por lo tanto culpabilizarla de contar y sentir la vida a su manera. Le hablé con toda la calma y calidez que pude reunir.

—Me ha impresionado tu historia llena de dificultades con todo tipo de obstáculos, la mayoría de ellos causados por las decisiones de otros. A pesar de todo, habéis salido adelante con muchas penurias y arrastrando esas secuelas de tristeza, cansancio y desánimo. El pasado no se puede cambiar y los golpes de la vida, cuando son intensos, no siempre

nos hacen más fuertes como dicen por ahí fuera, sobre todo las personas que han tenido la vida fácil. Es muy sencillo opinar que debemos de sobreponernos a todo tipo de complicaciones, pero en tu caso, que han estado siempre presentes desde la infancia, no sería justo pensar que es una cuestión de actitud ante la vida. Tan solo espero que este rato, compartiendo esas dificultades y toda esa tristeza que te invade, pueda haberte reconfortado.

En el fondo fue un discurso bastante sincero. Si existe un punto a partir del cual no es posible mantener el buen talante y la alegría, ¿quién es capaz de determinarlo?, ¿cuánto miden o pesan los problemas de una persona?, ¿quién tiene la potestad de tasar el sufrimiento que encierra una historia? ¿Cuánto valdría un Van Gogh hallado en un desván? Nada. En un primer momento no sería más que un lienzo que contiene una certeza subjetiva. En el mundo del arte es preciso recurrir a determinados expertos que, investidos de ese reconocimiento, tienen la potestad de autenticar una obra y por tanto dotarla de valor. ¿Ha sido la historia de Gloria escrita de puño y letra por la mismísima Fatalidad? Desde luego que sí. Y así se lo había certificado.

—Me ha sentado bien que me comprendieras —dijo Gloria poniéndose el abrigo.

—Cualquiera pagaría una fortuna por no tener esas dificultades.

—¿Puedo darte un abrazo? Me has quitado mucho peso de encima.

—Claro. Nos sentará bien.

Con un abrazo efusivo quedó sellada nuestra eterna amistad junto con el firme propósito de perderla de vista para siempre.

Ya en el bar, recuperaba el tiempo perdido y reducía distancias con Paula abalanzándome sobre la cerveza y el pincho de tortilla. Con el tercer bocado, pedí una segunda caña totalmente previsible para David que, tras la barra, reaccionó sonriente a mi gesto desesperado, casi obsceno, del brazo simulando la bajada del grifo. Entretanto, Paula me radiaba su cita con la tutora sobre la problemática de su hija Violeta, excesivamente inteligente para su edad.

—Ella me dijo... y yo entonces le dije... y ella me dijo... y yo luego le dije...

Rebañé los restos de la ración de chipirones de Paula con la mirada puesta en el horizonte de la barra, donde David, agachado ante la máquina de hielo, me regalaba la bella estampa del final de su espalda. No merecía menos después de cinco consultas espesas. Paula enseguida descubrió mi negligencia.

—Nena, no me estás haciendo puñetero caso, voy a tener que pedirte cita. O mejor que me aconsejes un libro sobre las dificultades de los niños con altas capacidades. ¿Cuál me recomiendas?

—Podrías comenzar por el *Diario de Ana Frank*.

—No la conozco, ¿esa niña tenía ese tipo de problemas?

—¡David! —grité alzando el brazo—. ¡Sírvenos otra!